

MANUEL BURGA, EDIT., **HISTORIA DE AMÉRICA ANDINA.  
FORMACIÓN Y APOGEO DEL SISTEMA COLONIAL**, VOL. 3,  
UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR, SEDE ECUADOR/LIBRESA,  
QUITO, 2002, 426 PP.

Hay momentos en cada campo del saber en que una nueva síntesis, o por lo menos un inventario de los últimos avances, se vuelve necesario. La explosión de investigaciones sobre el mundo colonial andino producida durante la última década, buena parte de la cual es de gran calidad y proviene de distintas partes del globo, ha incitado la necesidad de elaborar una nueva visión de conjunto. El apareamiento de otras tendencias como los estudios de género, historia religiosa, etnohistoria y una variedad de aproximaciones culturales al pasado, que eclipsaron el paradigma marxista tradicional en los años noventa, han ejercido una influencia en ese mismo sentido.

El volumen dos de la ambiciosa colección *Historia de la América Andina*, editado por Manuel Burga en el marco del proyecto desarrollado por la Universidad Andina, es uno de los más exitosos intentos de mirar en conjunto y actualizar este importante período formativo de la historia colonial andina. El método escogido fue invitar a expertos para que resuman o sintetizan una variedad de viejos y nuevos temas. El libro se divide en tres partes: 1. 'Indígenas conquistados y conquistadores derrotados'; 2. 'Emergencia del sistema colonial: triunfo del Estado absolutista'; y, 3. 'El sistema colonial clásico y la nueva resistencia indígena'.

El título del primer capítulo, escrito por Carmen Gómez Pérez y Juan Marchena Fernández, sugiere un acercamiento a las sociedades indígenas durante la conquista y sus momentos previos. Este capítulo, en realidad, contiene una narración de la conquista al estilo de un texto escolar y su énfasis final descansa en el legado de la conquista. El capítulo no está informado de recientes (y no tan recientes) avances en la etnohistoria, descansa más bien en las crónicas más conocidas como los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso y en los estudios cuasi-biográficos del tipo *Men of Cajamarca* (1972) de James Lockhart. Este capítulo es en conjunto una buena narrativa fundacional, con un necesario énfasis en pautas regionales de la conquista, desde el Caribe hasta la costa de Chile.

El capítulo dos, de Teodoro Hampe Martínez, continúa con el tema del legado de los conquistadores, enfocando el período turbulento de las rebeliones indígenas posteriores a la conquista, las disputas entre clanes y finalmente la guerra civil. El relato de la rebelión de Manco Inca, la llegada del presidente La Gasca, y otros episodios están tratados con considerable energía y una dosis de lirismo. Al mismo tiempo, este es un relato con una trama bien conocida y su resumen no diverge mucho de versiones previas, entre otras, correspondientes a Nathan Wachtel, Pierre Duviols, Guillermo Lohmann Villena, y John Hemming, todos quienes aparecen citados.

A la luz del reciente trabajo etnohistórico, este énfasis en la narrativa canónica puede conducir a una aparente paradoja. Por ejemplo, los Cañaris del sur de Ecuador son calificados de 'traidores de la causa indígena', aunque en la siguiente sección describe como hecho establecido las numerosas divisiones etno-políticas que, en primer lugar, volvieron al Tahuantinsuyo tan vulnerable al ataque español. La urgencia de encontrar un culpable es aparentemente tan fuerte como ocurrió durante los días de Garcilaso, aunque honestamente es muy difícil de entender cómo un pueblo entero puede ser llamado traidor de una (presumible) causa que obviamente no compartía. La historiografía sobre la extirpación de idolatrías, citada en esta parte, es también anticuada.

El capítulo tres de Diana Bonnet ofrece un buen trabajo sobre las reformas toledanas y es particularmente iluminador en relación a los propósitos específicos de Toledo como virrey y a su *modus operandi*. Las reformas toledanas más importantes son cuidadosamente delineadas tanto en el lado indígena como en el de la élite, y su legado es brevemente evaluado. Nuevamente este es un relato que ya ha sido contado anteriormente, principalmente por Roberto Levillier (quien es citado con frecuencia), y no incorpora nueva información o interpretación. Además se presentan algunas repeticiones de información aparecida en capítulos anteriores.

Para ser justos, no todos los tópicos presentados en este volumen han recibido avances significativos en las últimas décadas. El capítulo cuarto, a cargo de Frederique Langue y Carmen Salazar-Soler, por su parte está positivamente lleno de nueva información y suscita gran interés. El resultado es una muy atractiva –y bastante larga– visión general de la minería de metales preciosos y de su circulación, que va más allá de la bien conocida zona de Potosí y Huancavelica, e incluye la minería de oro de Nueva Granada, Quito, la parte oriental del Perú y Chile. La discusión se presenta ocasionalmente de forma técnica, extendiéndose a la geología y a la química elemental, aunque sin obscurecer el ensayo en su conjunto. Las autoras concluyen ocupándose de las debatidas teorías del desarrollo, formuladas por Carlos Sempat Assadourian e Immanuel Wallerstein. Este capítulo debe mucho al trabajo de Pe-

ter Bakewell, quien aparece citado muy frecuentemente, aunque podrían haber prestado más atención a Nueva Granada y Quito. Los estudios de Zamira Díaz y Guido Barona, de mediados de los años noventa, por ejemplo, no están citados.

De similar alcance, el capítulo cinco a cargo de Susan Ramírez es quizá la contribución más comprehensiva, en términos geográficos, de todos los capítulos del libro. La autora discute las formas y variaciones que adopta la hacienda andina, la plantación, el ejido y la pequeña propiedad o minifundio. Se incluye la discusión obligatoria sobre la transición de la encomienda a la hacienda, particularmente en las zonas centrales, y también aparece la gran consolidación del decenio de 1590. Una de las nuevas y breves perspectivas que la autora presenta está relacionada con la importancia de la ganadería a lo largo del mundo andino, especialmente en las zonas marginales. Basándose en fuentes secundarias referidas a Venezuela y Chile, así como en trabajo de archivo sobre el norte del Perú, Ramírez teje un contrapunto convincente al celebrado complejo de ranchería –minería de la Nueva España–. El trabajo retrata con gran sutileza la magnitud empresarial y de flexibilidad que hacendados y otros agricultores y rancheros pudieron exhibir durante los períodos sucesivos de prosperidad y declinamiento económico.

El capítulo seis, a cargo de Luis Miguel Glave, aborda un tópico de más reciente atención, al menos entre los historiadores, referido a la emergencia de la ciudad. El capítulo, a momentos ligero y quizá caprichoso en su estilo, incluye una breve discusión sobre las formas y funciones de las urbes, y continúa ofreciendo unos breves y expectantes retratos de seis ciudades modélicas. Se ofrece una discusión alternativa para las “ciudades en guerra” y “ciudades mágicas” de Chile y Nueva Granada. Aunque Glave no incluye una conclusión, el alcance de los asuntos tratados y comentados en cada ejemplo o región, sin duda generará debate entre los lectores. De forma similar al resto del volumen, este capítulo muestra una tendencia a enfatizar la descripción antes que el análisis. Quito, por ejemplo, es tratada casi enteramente en términos de la rebelión de las Alcabalas de 1592-93, como si este conflicto de alguna manera encapsulara todo lo que sucedía en y alrededor de esta capital colonial de segundo orden.

La tercera parte del volumen empieza con un resumen actualizado de la demografía en los Andes, escrito por Noble David Cook. La historia demográfica continúa vigorosa y este ensayo refleja la expansión de este campo más allá de la caída poblacional nativa. Se incluye secciones dedicadas a la importación de esclavos africanos, la inmigración europea, el mestizaje, y la migración indígena intra-colonial. En relación al desastre demográfico indígena, Cook ofrece un impactante y prolongado relato de las epidemias, sus orígenes y cronología. Luego de concluir esta parte del capítulo, uno se pre-

gunta cómo los pueblos indígenas, después de todo, pudieron sobrevivir (nuevamente algún balance etnohistórico podría haber sido de ayuda). Otros tópicos como la esclavitud y el mestizaje reciben un tratamiento muy breve. El estilo de las notas de este capítulo, por alguna razón, es totalmente diferente de los restantes capítulos y uno encuentra referido el trabajo reciente de Heraclio Bonilla, Linda Newson, Karen Powers y otros.

En el capítulo ocho, Margarita Suárez sintetiza y pone al día los debates referidos a la denominada "crisis del siglo XVII" en Europa y los Andes. Los argumentos presentados no son realmente nuevos, aunque esta es una muy sucinta e informada introducción al tema, bien anclado en la especialización de su autora. Se incluyen los gráficos usuales sobre ciclos de producción de metales preciosos, cambios en el volumen de los embarques, y otros por el estilo, combinados con una discusión sobre el declinamiento de la población nativa, las movilizaciones políticas en Europa y la producción agrícola. Los ejemplos provenientes del trabajo previo de la autora sobre el siglo XVII peruano constituyen quizá la evidencia más fuerte, que ofrece este capítulo, de una crisis supuesta o relativamente menor en los Andes. Este capítulo se muestra firmemente opuesto al modelo de Wallerstein de una dependencia periférica, discutido por Langue y Salazar, y sugiere más bien un sentido general decreciente de autonomía colonial.

Manuel Burga ofrece, en el capítulo nueve, el único ensayo realmente etnohistórico del volumen, concentrándose en la variedad de suertes que corrió la nobleza inca y pseudo-inca, a lo largo del siglo XVII y principios del siglo XVIII. Basándose en el trabajo de David Brading sobre las identidades criollas, Burga explora el renacimiento cultural inca del siglo XVII, especialmente indaga por la forma en que el "garcilacismo" desplazó a su predecesor, el brutalmente represivo 'toledanismo' de finales del siglo XVI. Poco después, por supuesto, ocurrieron las campañas más fuertes de extirpación. Sin embargo, en Cusco y en menor medida en Quito, los nobles incas vivían reinventando un pasado, retratado como un paraíso perdido, a través de fiestas como la de Corpus Cristi y otras más. Este es un ensayo provocador que pone en relación el trabajo del inca Garcilaso con las críticas de Santa Cruz Pachacuti Yamqui y Guamán Poma de Ayala. De otro lado, para quienes desconocen la historia Andina este capítulo demanda algunas lecturas formativas previas.

El capítulo final, escrito por Hans-Jürgen Prien, parece a primera vista más etnohistórico que el de Burga, especialmente por la referencia de su título a la denominada "conquista espiritual". En realidad, este ensayo es una muy detallada discusión de la conversión indígena al catolicismo, desde el punto de vista de varios miembros de la jerarquía eclesiástica y misioneros. El caso Andino se ve contrastado con el de México, por lo que se ve el én-

fasis en el caso peruano parece haber recaído más en la militancia de la estructura de la iglesia y menos en la búsqueda de acuerdos. La estructura de los obispados es tratada primeramente. El proyecto de cada orden religiosa, especialmente como fue afinado en el período pos-tridentino, es delineado y discutido uno a uno. Algunos asuntos de orden teológico, como la moral de la esclavitud, se lo comenta seguidamente, aunque desde la perspectiva de los padres de la iglesia. A pesar de que el tópico es importante, este capítulo se lee más como un artículo especializado que como un ensayo de revisión general.

La diversidad es un rasgo común y una fortaleza ocasional en un volumen de autoría múltiple, no obstante la elección de una aproximación a la historia general nos convoca a considerar el tema relativo a la audiencia. ¿Puede el volumen dos de la *Historia de América Andina* ser adecuadamente clasificado como un texto escolar, una perspectiva general para lectores no especializados, o un libro de referencia para especialistas? Al final, me parece que este volumen mirado en conjunto cumple con éxito su propósito académico, y combina algo de cada una de las tres alternativas mencionadas. Una introducción más larga o un ensayo final, a cargo del editor, podría haber cubierto algunos de los vacíos. Una suerte de edición más fuerte sobre algunos capítulos podría haber cubierto otros vacíos. Además de sus faltas, las cuales están compensadas en gran medida por destellos de brillantez, el volumen se cierra con una buena selección de ilustraciones a color y una extensa bibliografía. Lo que se hecha de menos es un índice final, elemento esencial para asuntos de referencia

*Kris Lane,*

College of William & Mary,  
Williamsburg, Virginia, EE.UU.

(traducido del inglés por Guillermo Bustos)

**STEVEN RUBENSTEIN, ALEJANDRO TSAKIMP: A SHUAR HEALER  
IN THE MARGINS OF HISTORY**, LINCOLN, UNIVERSITY OF NEBRASKA PRESS,  
2002, 322 pp.

En la serie *Fourth World Rising*, de etnografías contemporáneas, ha aparecido recientemente este volumen de Steven Rubenstein (Ohio University), antropólogo estadounidense que, por varios años (1988-1992, 1998), realizó investigaciones entre los shuar. El libro es una "historia de vida", la de Alejandro Tsakimp, curandero shuar del centro Utunkus (provincia de Morona Santiago). En el ámbito de la antropología, se ha documentado el uso de la biografía desde los inicios mismos de la disciplina. Unas veces de carácter

romántico, otras de tinte político y religioso, la biografía no se convirtió en instrumento de investigación antropológica hasta pasado el primer cuarto del siglo XX. Y lo hizo con importantes cambios de metodología y objetivos. Porque la biografía no deviene en "historia de vida" sino cuando, a través de un personaje, el antropólogo da una visión general o parcial de una cultura o su cambio en el tiempo. La antropología ecuatoriana casi no tiene tradición en lo que a historias de vida se refiere. En realidad hay muy pocas en la literatura especializada, y escritas casi siempre por antropólogos extranjeros. Es curioso que mientras los Estados Unidos peleaban feroz guerra con los indios en la conquista del Oeste, se hayan publicado tantas biografías e historias de vida de los jefes indios que enfrentaron a los blancos, mientras en el Ecuador ha habido una indolente actitud al respecto. En este contexto, el libro de Rubenstein representa una importante contribución para la antropología ecuatoriana. Comprende dos partes, por un lado, una introducción sobre los problemas teóricos y metodológicos que implican las relaciones entre "historia y cultura", y los diferentes enfoques que ha tenido la historia de vida a lo largo del desarrollo de la antropología. Por otro lado, la presentación de los materiales que hacen la vida de Alejandro Tsakimp en este libro, producto de largas entrevistas que mantuvo el autor con el biografiado. En un análisis que muestra una larga y profunda reflexión sobre la investigación antropológica, Rubenstein analiza la hermenéutica de la interpretación y la comprensión del otro, las influencias del colonialismo entre antropólogo e informante, en fin la distancia cultural entre ambos, que más a menudo forja amistades interesadas que un encuentro genuino. Uno de los rasgos más persistentes del discurso colonialista es el de presentar a los indios como sujetos sin historia, razón por la cual ha sido siempre necesario que un misionero, un conquistador o visitador se dé, en algún momento, la molestia de hacerlos "entrar en la historia". En este contexto, los indios lo hacen solo cuando un Estado o un imperio occidental se apercebe de su existencia. Y ¡ay! del talante con que el representante estatal haya registrado su presencia. Hernando de Benavente (1550), el primer español y occidental que se encontró con los shuar, los introdujo en la historia, nada menos que con una carta directa al Rey de España, en la que señalaba que eran "la gente más desvergonzada y descarada" que había visto en todo el tiempo que había andado en las Indias. Con ello sentó el perfil malévolo que, con más o menos adjetivos, se filtraría luego en la literatura sobre este grupo indígena. Los antropólogos ciertamente han tenido un enfoque mucho más condescendiente, pero no por ello exento de sesgos ideológicos. Uno de ellos es describir las culturas indígenas en el llamado "presente etnográfico", tema que Rubenstein aborda exhaustivamente. Según este enfoque, se estudia la sociedad y se la describe en tiempo presente, dejando a un lado las contingencias espaciales, temporales e individuales, y dando solo prioridad a lo que se estima que es

lo permanente y lo ideal de la misma (i. e. el patrón de asentamientos de los shuar es de viviendas dispersas... etc., patrón tradicional de este grupo indígena, aunque los shuar vivan ahora en aldeas nucleadas llamadas Centros). El presente etnográfico puede presentar el ideal de una sociedad indígena, pero al ignorar las manifestaciones contingentes de los individuos, da la impresión de que esta no cambia. Más aún, el presente etnográfico tampoco está inerte a las presiones ideológicas, sociales y políticas del antropólogo. Desde este punto de vista, las etnografías clásicas de los shuar, por ejemplo, las de Karsten (1935), Rivet (1908), Sterling (1938) y Harner (1965) muestran su propio presente etnográfico, que refleja los sesgos ideológicos de los autores al tiempo de describir y comprender al pueblo Shuar. En consecuencia, Rubenstein trae también los suyos en esta publicación. La historia de vida de Tsakimp, o más bien la parte plasmada en el libro de Rubenstein, está ambientada entre 1955 y 1990, época de fuerte fricción interétnica en la provincia de Morona Santiago. Conflictos entre shuar y colonos llevan al surgimiento de la Federación Shuar, cuya fuerza inicial amenaza aún más la apacible vida de los colonos. Encuentros y desencuentros se suceden, y finalmente la Federación, con aire de fuego fatuo, se achica, se divide y se convierte en institución burocrática, mientras otros grupos étnicos toman la posta del ahora poderoso movimiento indígena ecuatoriano. La historia de Alejandro viene relatada en forma cronológica y personal, aunque la información obtenida está dirigida por el antropólogo que intenta exponer, a través del personaje, aspectos importantes de la sociedad shuar. Desde el punto de vista formal, el texto adopta la modalidad de relatos más o menos cortos sobre los pequeños y grandes acontecimientos que han hecho la vida de Alejandro, en su infancia y adolescencia, como estudiante y trabajador, como padre y shamán, como funcionario de segundo rango en la Federación Shuar. El objetivo del autor es presentar la historia de un shuar que vive en conflicto entre su sociedad y la de los mestizos, por efectos del proceso de colonización. Sin embargo, el conflicto aparece bastante minimizado y hasta sutil, al punto que pasaría desapercibido si Rubenstein no advirtiera al lector sobre el efecto del colonialismo en ciertos pasajes de la vida de Alejandro. Diríase que, del verdadero conflicto que vive un shuar en la frontera de colonización (en el bus, en el centro médico, en la policía, en las instituciones colonas, en la vida cotidiana de las ciudades mestizas), el libro de Rubenstein muestra apenas las esquirlas que caen sobre la vida de Alejandro. Nada se dice de cómo afecta el proceso colonizador al personaje cuando este va a Sucúa, Macas, Shell, Quito y Cuenca, donde su etnicidad está claramente en desventaja. La vida sentimental de Alejandro es variada, interétnica e interesante, pero no está inmersa en la ética shuar (¿es el flirteo sexual admitido, benedicto o reprobado entre los shuar, o es una lacra colonialista que ha contaminado al "ethos" shuar?) y no se aprecia por tanto su relevancia en el

libro. A lo más podría decirse que, en cuestiones amorosas, Alejandro vive al filo de la navaja, como cualquier mestizo o colono de libido alegre. Por sobre esto, resulta que Alejandro tiene tres esposas shuar, y además una cuarta, una antropóloga alemana. Aunque Rubenstein hace hablar a Alejandro sobre sus esposas shuar, prefiere “por falta de espacio” omitir a la cuarta, que resulta ser una colega occidental del autor. Hubiera sido muy interesante conocer cómo encaja en la vida de un shuar una esposa alemana (y viceversa), como se presentan y se resuelven problemas de género y de interculturalidad, qué grado de oportunismo mutuo lleva a esta pareja interétnica a casarse, etc. Porque es indudable que Alejandro se aprovecha de su esposa alemana, y por supuesto del mismo autor del libro, para acrecentar su estatus tanto con los shuar como con los colonos, aspecto que, al menos en su relación con el personaje, Rubenstein no duda en reconocer. El tratamiento de la Federación Shuar no tiene la relevancia que debería tener, y se limita en gran medida a la enumeración de los presidentes y sus obras, fracasos y errores. En la voz de Alejandro no se aprecia las dimensiones sociales y políticas del formidable instrumento que los shuar han tenido y tienen aún –aunque francamente disminuido– en sus manos. El capítulo del shamanismo de Alejandro es el mejor tratado y justificaría hasta cierto punto el título del libro. Pero el lector espera escuchar al fin, de viva voz del maestro, el arte del manejo de las flechas que curan y matan a los individuos. Alejandro se prepara para ser shamán adquiriendo poder de varios colegas, para eventualmente ejercer esa especie de ministerio vital, que es lo que hace un shamán hecho y derecho. Sin embargo, en el libro de Rubenstein, Alejandro se limita a curaciones ocasionales y no se percibe que el shamanismo se haya convertido en la razón de su vida. Todo lo cual lleva al lector a preguntarse por qué Rubenstein escogió a Alejandro Tsakimp para su historia de vida, o si simplemente el autor falla en presentar mejor los materiales de la tal vez más rica vida del shamán. Por cierto, Rubenstein plantea la historia de vida como una instancia privilegiada para hacer la “deconstrucción” de un personaje y su sociedad. Y en ese sentido los eventos relatados pueden leerse de diferentes maneras. El autor analiza brevemente la personalidad de Alejandro como expresión de su compromiso con la vida, y su ambigüedad como reflejo de la también ambigua situación de la frontera de colonización que le ha tocado vivir. La Federación con sus luchas políticas reflejaría el desasosiego que trae el colonialismo, pero su existencia haría también posible la noción misma del shuar como pueblo. Por lo demás, en su manejo de la teoría, Rubenstein muestra excepcional solvencia, de la que se infiere que escribir una historia de vida no es tarea fácil. Por ello, estimo que este libro debe ser lectura obligatoria del antropólogo que quiera asumir con responsabilidad un reto semejante. El libro está bien escrito, y es bastante fluido, excepto en ciertos pasajes teóricos. Hay un meticuloso afán de respetar la voz de Alejandro

en sus propias palabras, y se aprecia además un adecuado acompañamiento gráfico (fotografías y mapas), una larga sección de notas aclaratorias, glosario y cuadros de parentesco. Bienvenido, pues, el libro de Rubenstein a engrosar la pequeña lista ecuatoriana de obras similares, que incluyen *To drink of death* de Janet Hendricks (1993), *The life and times of grandfather Alonso* de Blanca Muratorio (1991), *David Samaniego Shunaula; nueva crónica de los indios de Zamora y del Alto Marañón* de Emilio Serrano Calderón de Ayala (1995), *Así fue mi crianza* de Roberto Lindao Quimi (1995), y *Yo confieso con franqueza* de Yáñez (1985). Ojalá pronto podamos disponer en el Ecuador de una traducción española que ayude a profundizar el diálogo entre los mestizos y los shuar que, al fin de cuentas, son los protagonistas de este libro.

*Ernesto Salazar*

Departamento de Antropología  
Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito